

- ¡Váyase!

- Yo quería...

- ¡¡Váyase!!

Jacobo, avergonzado, casi lloroso, cogió su abrigo y se lo puso. Los demás empleados le miraban con disimulo, entre curiosos y despectivos. Salió a la calle. Muy despacio, con las manos metidas en los bolsillos, triste y cabizbajo, se dirigió a casa. ¿Que diría su pobre madre de todo aquello? ¿Cómo pagarían sus deudas? ¿Como sustituiría aquellos miserables zapatos que pedían a voces su retiro? Protagonista de su íntima tragedia, tragedia estúpida pero dolorosa, Jacobo dejó correr por sus anémicas mejillas, dos lágrimas..., como una mansa e impotente protesta contra el destino adverso.

## CRUCE DE VIDAS

Lujoso hotel de una populosa ciudad europea. En el jardín, discretamente iluminado, cuajado de flores que perfuman el aire, está una pareja. Ella hermosa mujer de ojos claros, con una sonrisa -que bien pudiera ser de gozo, de felicidad, de amor-, toma una copa y levemente, como estampando un beso, moja los labios.

- Quiera Dios que pronto suceda, Pedro- dice

-¿ Por que no? Marcharemos de aquí y nos casaremos. En verdad que nunca sabemos donde está la felicidad. Jamás pensé que en uno de mis viajes profesionales encontraría a una mujer capaz de colmar todos mis deseos.

En este momento un Ordenanza del Hotel se acerca.

- Lllaman por teléfono al señor.

- En seguida vuelvo, querida.

Se aleja entre las frondas. Maria, de su lujoso bolso, saca un paquete de cigarrillos y enciende uno. Retrépase en el sillón, alza el ros-

tro al cielo y lanza una bocanada de humo. Allá, en el firmamento, brillan las estrellas.

La figura grácil y gallarda de Pedro vuelve a recortarse entre los arriates, avanzando.

- Perdóname, he de marchar a un asunto urgente.

- ¿Tardarás mucho?

- Cosa de media hora

- Hasta luego.

- Adios, Maria.- Y al decir esto posa sus labios en la frente tersa y blanca de ella.

Pedro sale rápido del hotel, coge un taxi y dá una dirección. Rueda el vehiculo por el intricado laberinto de calles, plazas y largas avenidas inscabables; los altos edificios, que saludan el paso de las nubes, profusamente iluminados, como ascuas ardientes, semejan raros y fabulosos ejemplares de una nueva flora en un bosque tupido é inmenso de cemento y asfalto. La gente camina presurosa, como si temieran llegar tarde a cualquier sitio. Pedro piensa, mirando por la ventanilla del auto: Sí;

tantos seres, desconocidos unos de otros y cada cual con su íntimo problema que sólo a él toca resolver. Hombres y mujeres de todas clases y de toda condición, entremezclados, confundidos, ajenos a cuanto les rodea; es en estas ciudades gigantes donde se encuentra uno mas solo, mas metido en si mismo, como defendiéndose de peligros y acechanzas que no se saben por donde nos asaltarán:

El auto se detiene. Salta Pedro y penetra en una casa, sube por blancas escaleras de marmol y llama a una puerta.

En este mismo instante, como en el celuloide, cambiamos la escena. Estamos en el hotel. Maria acaba de recibir, también, una llamada telefónica. La encontramos en la cabina. Asiente a cuanto le dice su desconocido interlocutor, al otro extremo del hilo.

-¿Ahora mismo? Es peligroso

Breve pausa en la cual calla y escucha

- Muy bien.

Cuelga el auricular, cierra la puerta tras de

sí y sube al ascensor.

- Tercer piso

Y mientras se eleva, en otro lugar, simultáneamente a este hecho, Pedro habla con un señor. Este le explica:

- Coge usted los documentos, que son de gran importancia, y lo antes posible los lleva a esta dirección. Pregunta por Dubois y se los entrega ¿Entiende?

- Perfectamente.

- Pues no pierda un segundo.

Pedro se levanta y se despide. Entre tanto, en el hotel, cautelosamente para no ser vista, María ha penetrado en una habitación. Cierra con llave y rápidamente se acerca al escritorio. Prueba unas llavecillas y, por fin, abre unos cajones. Hojea los papeles. Vacía todo el contenido sobre la mesa y busca ansiosa, febril, tensos los nervios. Nada, no es lo que <sup>le</sup> interesa. Se queda pensativa. Como un fugaz relámpago cruza por su mente una idea. No sabe explicárselo. Ha sido una cosa intuitiva. ¿Que hace allí aquella estatuilla de Cupido

disparando su flecha al vacío? ¿No desentona aquel travieso dios mitológico, en el conjunto adusto y severo de todo el mueblaje?. Lo observa detenidamente y lo toma en sus manos. El pedestal donde descansa es hueco. Introduce unos dedos en la abertura y tropieza con papeles. Sonríe satisfecha.

Y es, en este mismo momento, cuando Pedro entra en el hotel. No quiere esperar al ascensor. Rapidamente, de dos en dos escalones, sube hasta su cuarto, abre la puerta, entra y...

- No se mueva

Vuélvese asombrado y su sorpresa solo tiene comparación a la de ella cuando le reconoce, paralizada por la emoción.

- ¡María!

- ¡Pedro!

Son, los que pasan, inenarrables minutos de angustia, de dudas, de temores. Ambos están frente a frente, los ojos muy abiertos, indecisos, como hipnotizados. Ella, el revólver en una mano, los documentos en otra; él, interrogante la mi-

rada, sombrío y triste el pensamiento...y empezando a darse cuenta de su tragedia. Reacciona, haciendo un gran esfuerzo, y dice:

- De forma que todo ha sido una farsa, un juego cruel e hipócrita...

- Pedro, yo...

- No digas nada. Tu fingimiento, hijo de la astucia, me ha vencido. Solo te resta ya terminar tu obra: dispara pronto sobre mí, mátame, que esto será lo único que habrás hecho en bien mio, pues al terrible dolor de mi desilusión de amor evitarás también la responsabilidad del fracaso.

- Escúchame, Pedro; yo no sabía quien eras; siempre creí de tí lo que me decías. No es culpa de nadie esta situación nuestra. Ambos trabajamos en la oscuridad y el misterio, con personalidad y fines distintos; son otras manos, también ocultas, quienes nos manejan y nos conocen. ¿Cómo iba yo a pensar, a imaginar siquiera, cuando entre tus brazos me estrechabas, y donde tan feliz me sentía, que tú eras mi enemigo?... ¡No, Pedro! ¡Creeme! En mi ilusión

de amor hasta me olvidé de quien era, de la mujer que lucha en secreto contra fuerzas invisibles, para vivir como cualquier mujer, amando y soñando; para mi no existían cosas ajenas a nuestro cariño; lo único verdad, lo único cierto, era éste; no ha sido fingido, no, ha sido real y sigue siéndolo. Toma estos papeles, si el no tenerlos te causa daño, y que Dios me perdone esta traición a los míos.

María se ha dejado caer llorando sobre un sillón. Pedro se acerca a ella y la acaricia.

- Singular problema. Si alguno de los dos, en beneficio del otro se dá por vencido, es traidor a los intereses de su patria, miserable e indigno a los ojos de todos; si acepta el sacrificio que le ofrece el ser querido, es traidor a su amor, a su vida, a sí mismo. ¿Donde está la luz? ¿dónde la razón? ¿Por que han de ser enemigos los que bien se quieren? ¿quien tiene derecho para exigirnos nuestra vida en holocausto de un bien general que nunca llega a conseguirse?... ... Cuando los pueblos olvidan, con

pertinaz ceguera que es en el amor y en la tolerancia donde están la paz y el bien; cuando no se doblegan a la razón y se convierten en entes tiránicos y sacrifican en aras de sus maquinaciones multitud de seres inocentes, por el solo motivo de sus apetencias de fuerza o de poder; cuando son locuras sus actos y llevan por estandarte la destrucción y por armas la muerte; cuando ordenan sus acciones, no la justicia y la Fé, sino la parcialidad y el interés, muchas veces personal; cuando no quieren, para arreglar diferencias o implantar normas, atenerse a la ley humana y divina de Dios e inventan sistemas que le excluyen y le pisotean; mientras persistan las sinrazones y la violencia y por encima de todo domine el odio, motivando tragedias, y se haga farsa macabra con dolor humano, no es traidor ni es cobarde quien deserta de sus filas y abandona el juego y la maquiavélica tramoya, lo mismo que se abandona la tierra donde se vive cuando un movimiento sísmico o una tempestad ponen en graves riesgos

y peligros a sus habitantes... Huyamos, Maria, huyamos... La única verdad que nos interesa es la nuestra, la verdad de nuestro cariño, mas grande y muy por encima de esas pasiones que rastrean entre el fango y el polvo del camino.

Se abrazan, en su amoroso delirio, olvidándose de cuanto les rodea. La luz, de pronto, se apaga y en el silencio de la noche suenan unos disparos...

. . . . .

Cuando el Gerente del hotel penetra en la habitación vé, horrorizado, los cuerpos de un hombre y una mujer, muy juntos, que ya viven en otro mundo donde ni el odio, ni la venganza, ni la ambición, esas negras pasiones, pueden herir.